

RAF VAN ROOY

Language or dialect? The history of a conceptual pair

Oxford: Oxford University Press, 2020. ISBN: 9780198845713

La pareja conceptual *lingua/dialecto*¹ reviste un especial interés para la historiografía de la lingüística por ser ubicua tanto en la terminología especializada de las ciencias del lenguaje como en el vocabulario común. Precisamente, su condición intersticial complica hacerla operativa en los estudios del lenguaje, al punto de que muchas especialistas hoy prefieren recurrir a términos menos cargados de connotaciones y prejuicios, tales como el de *variedad lingüística*, o bien optan por cuestionar los fundamentos mismos de la distinción (esto es: no habría tales cosas como *linguas* y *dialectos*; serían solo reificaciones de abstracciones, y, en cualquier caso, probablemente hay abstracciones que reflejan mejor la naturaleza del lenguaje). Su complejo entramado conceptual y connotativo se debe tanto a dicha situación intersticial como a la profundidad de la historia de sus usos, cuestión esta última que ha solido quedar soslayada por presumirse la naturalidad y atemporalidad de la pareja conceptual.

La contribución de esta nueva monografía de Raf van Rooy (investigador de la Universidad Católica de Lovaina, especialista en el periodo neolatino y su recepción del legado helénico) consiste en una profunda, minuciosa e iluminadora historización de esta pareja conceptual en el ámbito de la tradición europea, desde la antigüedad grecorromana hasta la lingüística contemporánea (¡25 siglos!), que pone en evidencia su naturaleza históricamente situada. El autor demuestra que, al contrario de lo que pudiera pensarse, sus orígenes no se remontan a la antigüedad grecorromana, sino al redescubrimiento y apropiación creativa de la tradición helénica por parte de los humanistas de la primera mitad del siglo XVI. Es en este momento específico, en el contexto de los inicios de procesos de estandarización motivados por la aparición de la imprenta y la emergencia de los primeros intentos de Estados-nación en Europa, cuando se percibe la necesidad de oponer la variedad seleccionada como base del estándar, la *lingua*, a las demás, que se considerarán *dialectos*. Esta pareja conceptual, además, sirvió como herramienta para clasificar y contabilizar la diversidad lingüística a la que se vieron enfrentados los estudiosos europeos con la expansión explosiva de su horizonte de conocimientos sobre las lenguas del mundo.

¹ Nos referimos a ella usando el vocabulario castellano, por obvia conveniencia expositiva, pero enténdasela representada por todos los derivados históricos del latín *lingua* y el griego *diálekto*.

Por supuesto, no puede afirmarse que los humanistas del siglo XVI hayan “inventado” por completo y de la nada esta pareja: más bien se apropiaron de y adaptaron la terminología ya existente desde la antigüedad, e incluso, según plantea Van Rooy, creyeron simplemente seguir una distinción conceptual ya existente en sus fuentes. Se puede hablar, en este sentido, de una continuidad más bien terminológica que conceptual. Si bien los términos *lingua* y *diálekto*s tienen origen en la antigüedad grecorromana y se usaron (aunque no con mucha frecuencia) en la Edad Media, la *oposición conceptual* entre ellos no existía. El griego *diálekto*s quería decir en general ‘manera de hablar’ o ‘particularidad del lenguaje’, asociada a un lugar, etnia o incluso autor específico. No existía en esta “prehistoria” (como la llama Van Rooy, en los capítulos 2-3) la *subsunción* conceptual que existe entre ambos términos desde el siglo XVI. Tampoco había indicios de la connotación negativa que llegaría a desarrollar más adelante. Tan solo a fines de la Edad Media puede encontrarse el caso excepcional de Roger Bacon (c. 1219/20 - c. 1292), quien oponía *lingua* e *idioma* de una forma análoga a la investigada en este libro.

En el siglo XVI, el suizo Conrad Gessner (1516 - 1565) fue pionero en establecer una distinción entre *lingua* y *dialectus*, en el marco de su catálogo lingüístico *Mithridates* (1555). *Dialectus*, en esta obra, se conceptualiza por primera vez como una variedad de una *lingua*. Van Rooy destaca, sin embargo, que la obra de Gessner es más bien sintomática de la emergencia de esta distinción en este periodo (capítulos 4-6), observable en las obras de distintos intelectuales (que el autor analiza a la manera de estudios de caso) y que, por otra parte, más que una distinción estable, lo que se observa en esta época es “a kind of flexible matrix into which diverging and context-dependent meanings could be fitted” (150).

Entre 1550 y 1650 aproximadamente, ocurre un proceso de *consolidación por elaboración* (capítulos 7-12): la pareja conceptual se arraiga en el aparato metalingüístico y comienzan a sedimentarse las capas de sentido a partir de los usos de la época “prehistórica”. Las dimensiones geográfica (*lingua*: territorio más amplio; *dialecto*: territorio restringido) y étnica (*lingua*: compartida por varias etnias; *dialecto*: particular de una etnia), asentadas desde este momento, no fueron usadas como criterios diagnósticos para asignar a una variedad el estatus de lengua o dialecto. En cambio, sí cumplieron tal propósito el criterio ontológico aristotélico (*linguas*: se diferencian sustancialmente; *dialectos*: se diferencia accidentalmente) y el de inteligibilidad mutua (*linguas*: no inteligibles entre sí; *dialectos*: inteligibles entre sí). A esto se añaden un poco más tarde (sobre todo en el siglo XVII, ya avanzados los procesos de estandarización en Europa) las interpretaciones subjetivas de que los *dialectos* corresponden a la anomalía mientras que las *linguas* a la analogía, y la de que estas últimas son superiores a las primeras

en términos cualitativos (sociales, morales y estéticos). Finalmente, emerge una dimensión histórica que presupone una relación genética entre *linguas* y *dialectos*: las últimas se originarían en las primeras.

Estas siete interpretaciones de la distinción son denominadas por Van Rooy, respectivamente: (1) *cobertura geográfica*, (2) *cobertura étnica (política)*, (3) *naturaleza de las diferencias lingüísticas*, (4) *inteligibilidad*, (5) *regularidad*, (6) *estatus* y (7) *posición temporal*. El autor identifica tres elementos contextuales decisivos en el surgimiento de estas interpretaciones: la tradición griega (a través de sus fuentes originales o por intermedio de gramáticas del griego publicadas en este periodo), los intereses eruditos (tales como el interés por la historia de las lenguas y la diversidad lingüística) y las realidades sociolingüísticas (procesos de estandarización, difusión desigual del estándar entre distintas clases sociales, y creciente importancia de la construcción de fronteras lingüísticas con fines políticos). Por otra parte, además de este proceso de consolidación por elaboración, el autor destaca la importancia de la *emancipación* o *deshelenización* experimentada en este periodo por la pareja conceptual, que efectivamente permitió pensar la variación lingüística relativamente al margen de la situación helénica.

Un segundo periodo transcurre entre aprox. 1650 y 1800, en el contexto del racionalismo y la Ilustración, durante el cual se aprecia una sistematización y racionalización de la pareja conceptual, a partir de la consideración de aspectos más estrictamente lingüísticos (capítulos 13-16). El polo *dialecto*, especialmente (y en parte gracias al surgimiento de una dialectología *avant la lettre*), fue objeto frecuente de discusiones, en las que se llegaba a la conclusión de que las diferencias entre entidades de este tipo eran más bien superficiales, concentrándose en la pronunciación (y la ortografía) y el léxico, mientras que las diferencias entre lenguas eran más profundas y de carácter gramatical. La aproximación racional a esta distinción también condujo a cuestionamientos críticos, que pasaban a veces por proponer conceptos suplementarios y otras veces por distinguir de forma más clara entre las distintas interpretaciones. No faltaron, en cualquier caso, quienes, denunciaron la absoluta arbitrariedad de la pareja conceptual y defendieron su abandono.

A partir de 1800, con la constitución de la lingüística moderna como campo de estudio autónomo durante el largo siglo XIX, Van Rooy identifica un tercer momento en la historia de la oposición *lingua/dialecto* (capítulos 17-22). En este periodo, dominado por la lingüística histórico-comparada, previsiblemente predominó la interpretación histórica, aunque a partir de 1870 también cobró prominencia la interpretación geográfica gracias a la emergencia disciplinar de la dialectología. En la segunda mitad del siglo XIX, A. Shleicher y H. Schuchardt, entre otros, plantearon sólidas críticas

a las implicancias epistemológicas y descriptivas de la pareja conceptual, a pesar de lo cual muchos siguieron recurriendo a ella por su utilidad práctica. Al comenzar el siglo XX, en el estructuralismo temprano (por ej. en F. de Saussure) la distinción tuvo poco protagonismo, por el interés predominante por el sistema de la *lengua*, pero en 1954 brota un interés marcado por el concepto de *dialecto*, manifestado en trabajos de U. Weinreich, A. Martinet y V. Polák. También a partir de esta década el criterio de inteligibilidad mutua demostró ser de utilidad para los lingüistas estadounidenses ocupados en estudiar las lenguas amerindias. Finalmente, Van Rooy caracteriza la perspectiva generativista sobre la variación dialectal (que replica hasta cierto punto la interpretación aristotélica) y la mirada de la sociolingüística laboviana, que se ha situado ante este problema desde una postura híbrida, que aúna elementos lingüísticos y sociopolíticos.

Los últimos tres capítulos de esta sección están dedicados a ofrecer una síntesis y tratar algunas líneas de fuga paralelas a los desarrollos ocurridos en este último periodo. El capítulo 22 se enfoca en el surgimiento reciente (primeros años del s. XXI) de nueva terminología a partir de esta pareja, tales como *doculect* y *languoid* (propuestos desde los estudios de tipología lingüística), que se suman a la surgida desde mediados del siglo XX: *dialectal*, *diatópico*, *diastrático*, *diafásico*, *sociolecto*, *regiolecto*, *idiolecto*, *tecnolecto*, entre otras que muestran la vitalidad y arraigo de las bases. Además, sistematiza las actitudes hoy corrientes en el campo disciplinar hacia el par *lengua/dialecto*, ordenadas desde la más positiva hacia la más negativa: (1) conservación (normalmente tácita); (2) redefinición; (3) suplementación con otros términos; (4) búsqueda de alternativas o reconceptualizaciones teórico-lingüísticas; (5) rechazo explícito y atribución de irrelevancia. En este abanico de actitudes, sorprendentemente, perviven con mucha fuerza las interpretaciones surgidas en el periodo de consolidación por elaboración (en especial la cobertura geográfica y la inteligibilidad), y además es de destacar que, incluso entre quienes se muestran más favorables a la distinción, existe relativamente poco compromiso con sus implicaciones.

En el capítulo 23, Van Rooy caracteriza la popularización de la pareja conceptual, impulsada desde fines del s. XIX por la difusión social de la ideología del estándar con la masificación de la educación. En esta divulgación, sobresale la politización y dicotomización radical de la oposición entre *lengua* y *dialecto*, observable hasta hoy en los discursos metalingüísticos que circulan en medios digitales. El autor propone, como hipótesis por verificar, que ha existido una “fertilización cruzada” entre las ideas populares y las especializadas durante este periodo, así como entre distintos campos disciplinares (en esto, siguiendo a Louis-Jean Calvet).

El capítulo 24, finalmente, reitera y discute las principales conclusiones del libro. En él, además, Van Rooy se anima a especular sobre el futuro de la pareja conceptual, que caracteriza acertadamente como “a relic from a not-so-distant past” (298), cargada de inconvenientes, pero aun así todavía ubicua. Frente a la improbabilidad de que esta desaparezca del campo disciplinar, y mucho menos del lenguaje no especializado, cree que es viable aplicarle una reconceptualización explícita, crítica y clara, lo cual implica mantener la pareja al menos en el nivel terminológico, como ha ocurrido a lo largo de la historia. Aunque pueda parecer una postura conservadora, Van Rooy cree que ofrece la oportunidad de que el campo disciplinar aproveche el fuerte arraigo de la pareja en el discurso metalingüístico popular para participar con mayor protagonismo en los debates de la esfera pública. Reconoce, no obstante, que todavía queda por resolver el problema teórico de si es posible superar el divorcio entre la conceptualización subyacente a la pareja *lengua/dialecto* y la realidad de la diversidad inherente del lenguaje humano. Por otra parte, se muestra optimista frente a los avances en los métodos de determinación estadística de los grados de distancia entre variedades lingüísticas, que podrían fundamentar y “salvar” la validez de la distinción objeto de este estudio.

El volumen reseñado es una contribución sobresaliente a la historiografía de las ciencias del lenguaje en su vertiente europea, tanto por la importancia disciplinar y social de su objeto principal como por la calidad del método historiográfico empleado y la inteligencia de las interpretaciones sostenidas por el autor. En cuanto al método, el estudio se apoya en el examen de fuentes documentales en su idioma original, de cuyos pasajes relevantes el autor ofrece traducciones que facilitan la lectura. Es un trabajo fundamentalmente empírico, en la medida en que son estas fuentes las que autorizan al investigador a plantear sus hipótesis e interpretaciones. En varios de los capítulos, se desarrollan breves estudios de caso, enfocados en la obra de autores clave para ilustrar los distintos momentos y tendencias, y varios de ellos no suficientemente conocidos en el campo de la historiografía lingüística, tales como Roger Bacon, Conrad Gessner, Georg Stiernhielm, Albert Schultens y Johann Christoph Gatterer. Estos estudios de caso, que ocupan sendos capítulos, se concentran en el periodo anterior a 1800. La selección de autores estudiados, como reconoce Van Rooy, tiene “a slight West-Germanic tilt” (2), que se justifica no solo por la accesibilidad de las fuentes y las competencias e intereses del propio autor, sino también por al parecer haberse dado este tipo de reflexiones con mayor frecuencia precisamente en dicho ámbito geopolítico.

Otro importante mérito teórico-metodológico de esta investigación es que se toma muy en serio la importancia de los contextos. Ya en la propuesta

central, relativa al momento de surgimiento de la distinción moderna, se aprecia la relevancia que Van Rooy otorga a la coyuntura histórica para la formación de ideas lingüísticas, lo cual permite efectivamente entender las ideas o teorías lingüísticas, siguiendo a Laurendeau (1990), como *emergencias*, esto es, como productos de contextos sociohistóricos concretos. En este sentido, este estudio logra desarrollar una sólida *historización*, orientada a develar la auténtica historicidad de la formación de ideas sobre el lenguaje: su relación dinámica con el contexto de producción, y no su mera inscripción en una cronología (Del Valle *et al.* 2021). Ahora bien, es cierto que Van Rooy no hace una caracterización suficientemente densa desde el punto de vista contextual, pero esto probablemente sea lo razonable si se considera el amplio corte temporal y geopolítico investigado en este libro.

Un último punto que me parece destacable de este libro es el apoyo que recibe de fundamentos teóricos-analíticos sólidos y de carácter transdisciplinar. Estos fundamentos no son latamente explicados en capítulos específicos; por el contrario, pueden percibirse más bien en la propia praxis analítica desplegada por el autor, lo cual me parece una decisión completamente acertada. Por un lado, el fundamento historiográfico del estudio remite explícitamente a la *history in ideas* de David Armitage (cf. Guldí y Armitage 2014), y de esta relación se desprende su atención al contexto. Por otro, es fácilmente reconocible la afinidad del enfoque de Van Rooy con la *Begriffsgeschichten* de Koselleck, en la medida en que la forma en que es tratada la pareja *lengua/dialecto* corresponde en varias formas a la caracterización que hace este autor de los *conceptos*: constelaciones semánticas flexibles movilizadas en formaciones sociales específicas (cf. Koselleck 2012). Tratándose esencialmente de una investigación de semántica histórica, no es de extrañar además que Van Rooy recurra implícitamente a las teorías del cambio semántico de carácter funcionalista y basadas en el uso, como la desarrollada por Traugott y Dasher (2002).

Por estas y otras bondades, *Language or dialect? The History of a conceptual pair* es un volumen que puede servir de modelo metodológico para la investigación en historiografía lingüística, así como puede provechosamente formar parte de la bibliografía de cursos universitarios de introducción a los estudios del lenguaje (por la importancia que la pareja *lengua/dialecto* tiene en la disciplina) o de dialectología.

DARÍO ROJAS
Universidad de Chile
darioroj@uchile.cl

REFERENCIAS CITADAS

- DEL VALLE, JOSÉ, DANIELA LAURIA, Mariela OROÑO y Darío ROJAS. 2021. Autorretrato de un idioma: glotopolítica, metalenguaje e historia. En José del Valle, Daniela Lauria, Mariela Oroño & Darío Rojas (Eds.) *Autorretrato de un idioma. Crestomatía glotopolítica del español*: 15-24. Madrid: Lengua de Trapo.
- GULDI, JO Y DAVID ARMITAGE. 2014. *The History manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KOSELLECK, REINHART. 2012. *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
- LAURENDEAU, PAUL. 1990. Theory of Emergence: toward a historical-materialistic approach to the history of linguistics. En John E. Joseph y Talbot J. Taylor (Dirs.). *Ideologies of language*: 206-220. London/New York: Routledge.
- TRAUGOTT, ELIZABETH CLOSS y RICHARD DASHER. 2002. *Regularity in semantic change*. Cambridge: Cambridge University Press.